

Asunción de la Virgen (2025)

Homilía.

Apaiz lagunok, hiriko agintari, eliztar eta fededun maite guztiok:

Izugarrizko poza da gaur Tenplu handi hau gainezka ikustea. Mariaren gaurko jaiaren inguruan, donostiar eta kanpotik etorritako asko bildu gara Mariaren omenez. Meza ondoren, Salbea entzun eta kantatuko dugu, pozez eta emozioz beterik. Gaur, Donostiako Aste Nagusiaren erdian, Ama Birjinaren mezatan parte hartzera etorri gara Mariaren zale garen Donostiako eta inguruko kristauok. Donostiako Kristauontzat, gaurko bezperako Meza hau, eta biharkoa, jaiaren bihotza da, nahiz eta festako egitarauan jartzea ahaztu zaien. Mezatarara etortzearekin, ez dugu, batez ere, antzinako ohitura bat betetzen, baizik eta gure sinesmena aitortzen eta ospatzen dugu.

Gaurko jaieguna benetan ederra eta pozgarria da donostiarrentzat. Horregatik, bihotz-bihotzez opa dizuet, poz handiz eta alaitasun biziz, igaro dezazuela gaurko jaia, eta gure Aste Nagusian geratzen diren egunak. Izan dadila gaurko alaitasuna, beste lagun eta hiritar guztiekin batera biziko dugun jaiaren fruitu gozoa.

La que hoy celebramos es una festividad religiosa muy querida para las/os donostiarras y para todos los creyentes. Es una de las fiestas más celebradas en todas partes. La Virgen de Agosto, la Asunción de María, vincula a millones de personas en torno al altar, y, sobre todo, en torno a las mesas familiares. En torno a esta fiesta de la Virgen nacieron, precisamente, las fiestas de esta Semana Grande donostiarra. Conviene recordarlo. Gotzai bezala, nire eginbeharra da. Es deber del obispo ayudar a la comunidad cristiana a hacer memoria de nuestra fe y de nuestras buenas tradiciones. Y esta, evidentemente, es una de ellas.

La gran confluencia de gente a los actos litúrgicos y religiosos nos hace ver que junto a otras actividades de la fiesta la fe forma parte importante y muy querida de muchos y muchas donostiarras. Venir a Santa María hoy no es venir a un acto cultural en el que escuchar al Orfeón, al que escuchamos, obviamente, con agrado, sino que venimos, sobre todo, a celebrar la vida. Venimos a poner a los pies de la Virgen María nuestras emociones, nuestras necesidades, nuestros sueños, nuestra fe. Venimos a desearnos paz, alegría y bendición para todos y todas, para nuestras familias, para las personas que queremos.

Sinestunontzat, sinesmen honek, dio Mariak, hartu duela Jainkoarengandik betirako salbamen osoa. Mariaren Zeruratzek gure geroaren aurrerapena erakusten digu. “Zorionekoa zu, sinistu baitzenuen”. Isabel senitartekoak esan zizkion hitz berberekin guk ere zoriontzen eta goratzen dugu gaur gure Zeruko Ama.

Noizbehinka, Elizak zerura begiratzera gonbidatzen gaitu. Mirando al cielo y al horizonte de bien, de plenitud y de gracia que nos espera, elevamos nuestra mirada y ampliamos la visión, de modo que no nos quedamos encerrados en una visión cortoplacista de las cosas, en una visión inmediata, que a veces nos lleva a la ansiedad y a sobrepreocuparnos en exceso. Mariaren festa honek gauza asko osasuntsu erlatibizatzen irakasten digu, benetan inportantea denari garrantzia emanez. Ampliar la mirada y el horizonte nos ayuda a situar mejor las cosas y a valorarlas en su justa medida y dimensión. Mantener una mirada amplia, esperanzada y paciente sobre la historia es lo que nos distingue, precisamente, a las personas creyentes. Hacer fiesta y tomar el respiro necesario forma parte también de esta manera de entender la vida y las cosas. Por eso nos alegramos de celebrar, de hacer fiesta y de sentir la alegría de vivir, alegrarnos y divertirnos con los demás. Jaiak behar ditugu. Beharrezkoak baitira gure arazoez ito ez gaitzaten.

Con todo, nuestra fe en la plenitud que viviremos un día junto a Dios no nos invita a descomprometernos con la historia que nos toca vivir. Todo lo contrario. Desde su postración en la Casa de Loyola, contaba San Ignacio que cuando miraba al Cielo, la tierra le parecía pequeña, pobre y desamparada. Al contemplar la gloria y el horizonte de gracia al que estamos llamados, veía las cosas de otra manera, como iluminadas por una luz especial, la luz de Dios que, en su Misericordia, tiene para nosotros reservado siempre lo mejor. En esa pequeñez y desamparo, Ignacio encontraba un motivo para querer hacer de la tierra un pedazo de Cielo.

Así nosotros, lejos de evadirnos de la realidad que nos toca vivir, en ese horizonte celestial que esperamos y que la Asunción de María nos anuncia, encontramos precisamente la razón de nuestro compromiso con la vida y con esta tierra. Qué empeño tan precioso, querer hacer de esta tierra pequeña, pobre y desamparada un pedazo de ese cielo que esperamos.

La alegría del Magníficat que hemos escuchado en la lectura evangélica no nace de la ausencia de problemas. Bien sabemos que antes o después aparecen, sino que nace de la presencia de un Dios que nos ama, que nos ayuda, que está cerca de nosotros. Porque aunque nosotros somos pobres y pequeños, Dios es grande.

Por eso, aun en medio de la fiesta, quisiera traer hoy a tantos miles y miles de hombres y mujeres para los que los fuegos que ven en el cielo de sus ciudades no son fuegos artificiales; no son un espectáculo, sino que son armas de destrucción y de desolación. Pidamos a la Virgen por la urgente y necesaria Paz en el mundo. A su vez, no dejemos de recordarnos que la Paz verdadera comienza con el compromiso de cada uno de nosotros hasta en lo más pequeño.

No dejemos de recordar también a todos esos que están entre nosotros y que han llegado aquí buscando una vida mejor. Los tenemos en nuestra ciudad y son noticia y objeto de polémicas en los medios de comunicación y en la vida política. Para ellos, nuestra ciudad no es un lugar de fiestas, sino quizá una carrera de obstáculos. Sabemos que no es fácil buscar soluciones inmediatas ni adecuadas a problemas que sobrepasan nuestras capacidades locales y autonómicas. El drama de los refugiados es un drama internacional. Todos esos hombres jóvenes de Mali nos lo han recordado. Y junto a los refugiados de la guerra, también todos los migrantes que se quieren refugiar entre nosotros huyendo del hambre y de la pobreza, que buscan una vida mejor para ellos y para los suyos.

Tengo la impresión de que detrás de tanta polémica mediática que surge en torno a las cuestiones de inmigración, en el fondo lo que hay es una frustración ante la dificultad que encontramos para acoger e integrar bien a estas personas. La inmigración, sus causas y sus problemáticas nos desafían, nos descolocan. Desafían nuestra capacidad de acoger e integrar. No acabamos de situarnos ante un mundo en cambio que ya está aquí.

Los creyentes, si lo somos de verdad, nunca podemos olvidarnos que no son números, son personas; no todos son iguales. Detrás de cada uno de ellos late una historia y un sueño diferente. Todos y cada uno de ellos, con sus nombres y sus historias, miran al mismo cielo que nosotros, implorando la bondad de aquel que Jesús nos enseñó a llamar Padre. Padre Nuestro. Gure Aita. Sí, son hijos de nuestro mismo Padre. Incluso aunque llamen a Dios con otros nombres, o incluso aunque lo llamen de ninguna manera. Nuestra fe nos recuerda que son nuestros hermanos y que como tales hemos de tratarlos. La palabra hermano, hermana, tiene una clara y propia connotación afectiva. A un hermano no lo tratamos como a un cualquiera. Hacia él tenemos un afecto y una ternura especial. De eso nos habla Jesús cuando nos invita a la fraternidad. Para los creyentes, su

dignidad de hijos es nuestro compromiso. Y defender la dignidad y los derechos de quienes están en debilidad y son nuestros hermanos no es hacer política. Pertenece al más puro Evangelio. Recordemos aquellas palabras de San Pablo sobre la Caridad: “Podemos hablar de lo más sublime, con lenguas de ángeles, pero si nos falta el amor... no seríamos sino un metal que resuena, un címbalo que retiñe”. El amor concreto al hermano es la prueba de que vivimos en verdad nuestra fe como cristianos y católicos.

Quizá yo mismo como persona y desde mis propios límites no sea tampoco ejemplo de todo esto; pero no puedo dejar de proclamar la fe apostólica, la de la Iglesia, la que nos viene de Jesús. No hay Evangelio, ni catolicismo de verdad, que no pase por el amor al prójimo. “Si me falta el amor, nada soy” (1Co 13). Así de claro y así de rotundo.

La integración es un desafío complejo, como es compleja toda convivencia. No se trata de solucionarles la vida de forma fácil. Se trata de acogerlos bien y ayudarlos en sus proyectos de vida y en su no siempre fácil integración. A los creyentes, el Evangelio nos habla de inclusión, de fraternidad, de buscar el bien del hermano y del bien común. No echemos nunca gasolina a los fuegos que encienden algunas palabras. Apaguémoslos en nombre del Evangelio y de la paz. Cuando hay interés, buena voluntad y colaboración, “los bienes de un territorio no pueden ser negados a una persona necesitada que provenga de otro lugar” (papa Francisco). La fraternidad y la inclusión nos humaniza. La exclusión nos deshumaniza.

Queridos políticos y representantes públicos aquí presentes; permitidme invitaros a no caer nunca en la tentación de buscar réditos políticos con la suerte de los pobres y de los migrantes. Dios no aceptaría de ningún modo ese proceder si se utiliza a los más débiles. Menos aún de quienes dicen ser cristianos. Los problemas complejos necesitan paciencia, creatividad y, sobre todo, recursos. La proclamación de soluciones fáciles y simplificadoras, son muestra de nuestras impotencias y frustraciones, pero no solucionan los problemas. Exijamos a los gobiernos nacionales e internacionales su responsabilidad. Acometamos nosotros, mientras, la nuestra, sin descomprometernos, sin dejar de actuar, aunque otros no lo hagan.

Gaur, Ama Birjinaren Jasokundea ospatzean, zerura begiratzin dugu eta gure hegaldia pixka bat altxatzin dugu, gauzak begirada fededun horrekin ikusteko. Hagámoslo con la convicción de que nuestro destino, como el de María es una fiesta final de alegría y plenitud imperecedera.

Pidamos a la Virgen, a quien hoy llamamos, precisamente, “puerta del Cielo”, la gracia de iniciar cada día alzando la mirada hacia el cielo, hacia Dios, para decirle: “¡Gracias!”, como dicen los pequeños a los grandes, y dejemos que su amor infinito e incondicional nos fortalezca en el camino.

Jesus gure Salbatzaileak, eta Andre Mariak, Jainkoaren Amak, lagun diezagutela gure asmo onak betetzen.

Fernando Prado Ayuso (Donostiako gotzaina / Obispo de San Sebastián)